No corresponde a una nota informativa como ésta reseñar todos los muchos aportes que, en aspectos concretos, nos entrega en rica síntesis la estudiosa argentina. Conformémonos con enumerar los puntos centrales que ella desarrolla y que, al ser sometidos a penetrante escrutinio, ofrecen una imagen coherente del desenvolvimiento de una literatura. Esta, al no ser enfocada así, suele mostrársenos —en los manuales al uso— desperdigada en nombres y títulos sueltos, sin relación orgánica entre sí o, lo que es quizás más grave, sometida a intentos de agrupación y ordenamientos, que muchas veces, por su mismo excesivo rigor, terminan por ser inoperantes. Aquí no: desde la literatura del indio, del gaucho y el inmigrante (a los que la ensayista denomina «los arquetipos de la marginalidad») hasta la mirada que sobre nuestra literatura dirigen hoy día «los otros», se revisan; las viejas tesis de «civilización y barbarie»; los recientes intentos por llegar a fundaciones míticas en espacios escriturales —Santa María de Onetti, Macondo de García Márquez—; la prolongada certeza de que la nuestra es realidad «maravillosa»; la preferentemente rioplatense inclinación hacia «lo fantástico»; «lo real espantoso» de la violencia institucionalizada en nuestras sociedades y una literatura que la expresa según la especificidad de sus códigos; la historia ya demasiado larga de los sucesivos exilios y su extremo: el de autores «desaparecidos»... Repito: el mérito grande del estudio está no sólo en la re-lectura actualizada a que se someten viejos y recientes temas que han preocupado a la crítica de la literatura latinoamericana, sino en la visión coherente que del desarrollo de ésta logra proporcionársenos. Quede claro, entonces, que este ensayo no es uno más entre los que la avalancha editorial de los últimos años nos ha sometido, sino un título de esos que sí resulta legítimo calificar de «imprescindibles».

MARCELO CODDOU

Drew University.

JOSÉ PROMIS: *La identidad de Hispanoamérica. Ensayo sobre literatura colonial*. México: Universidad de Guadalajara, 1987.

Motivo de congratulación para todos los interesados es que en los últimos plazos comiencen a multiplicarse los estudios historiográficos que se extienden a otras instancias de la producción literaria de Hispanoamérica que no sea la de la novela actual y la lírica de vanguardia. Así, un período tan decisivo en la conformación de la cultura continental, el de la Conquista y la Colonia, es objeto de consideraciones renovadas y renovadoras por parte de investigadores informados y rigurosos. Menciono tres que son de compatriotas del autor del libro que reseñamos: el primer tomo de la *Historia de la literatura hispanoamericana* de Cedomil Goić; el inteligente y polémico libro de Hernán Vidal *Socio-historia de la literatura colonial hispanoamericana: Tres lecturas orgánicas*, y el sugerente escrito de Leónidas Emilfork *La conquista de México. Ensayo de poética americana*. Obras de muy diverso —y hasta contradictorio— carácter tienen en común, no obstante, no tan sólo el tema que revisan, sino la modalidad ensayística de aproximación. En todos ellos las proposiciones son eminentemente críticas e interpretativas. Esta actitud prima sobre el mero intento de recopilar datos (fechas, títulos, acontecimientos), para, sobre todo, ofrecer de ellos una lectura orgánica.

Y es precisamente de «ensayo» como Promis subtitula su trabajo. Al igual que en los otros tres recordados, hay un propósito de re-descubrir, de poner bajo nueva luz hechos conocidos. Por ejemplo: se sabe de los intentos por hacer operantes en la

literatura hispanoamericana colonial la distinción entre *manierismo* y *barroco*. Los argumentos y pruebas desarrollados por Promis me parecen definitivos y su pertinencia y funcionalidad crítica se hacen evidentes en donde deben hacerse: en el carácter clarificador de hechos que esas denominaciones encierran. Y todavía con una virtud adicional, la no desdeñable de que los conceptos teórico-literarios y las categorías críticas que emplea —como las mencionadas denominaciones historiográficas— no esconden el objeto que estudian, sino que lo desvelan. A diferencia de tantos estudios abstrusos, sobrecargados de tecnicismos, repetitivos hasta el agotamiento de fórmulas con dudosa vigencia, y en los cuales el afán de mostrar que se está al día (?) en el conocimiento de un lenguaje crítico sobrepasa el interés por entender el sentido y las formas de los textos, aquí son éstos los que constituyen el foco de atención.

Pero no se piense que se está frente a un estudio restringidamente «inmanentista»: el ensayista tiene plena conciencia del carácter reduccionista a que tal aproximación puede conducir. Lo que ofrece, más bien, es una cabal consideración de componentes morfológicos entendidos dentro de los márgenes de su producción social. Considérese, a modo de ejemplo de un proyecto que el trabajo se encarga de llevar a efecto, la siguiente afirmación del prólogo:

«Desde sus comienzos, la escritura del Nuevo Mundo ofrece un sello propio, un perfil inconfundible que no nace tanto de las estructuras utilizadas como de la perspectiva vital y del temple de ánimo que los escritores indios, criollos o españoles proyectan sobre los elementos comunes» (p. 7).

Y es así como, con muy buen criterio, se van constantemente estableciendo paralelismos significativos entre la literatura peninsular, metropolitana y la colonial, dependiendo pero en busca permanente de su propio código. De allí que preocupación básica del ensayo sea establecer el desarrollo y las transformaciones de las tendencias dominantes, vale decir, «la manera como el pensamiento llegado de España toma cuerpo y se enraíza» en su nueva circunstancia.

Creo que este nuevo libro de Promis —sus anteriores, sobre todo *Testimonios y documentos de la literatura chilena* (1977) y *La novela chilena actual* (1977) son de uso obligado para los investigadores que trabajan en la literatura nacional de Chile—, se va a convertir en obra de consulta imprescindible para el creciente número de estudiosos del período colonial. Y esto no sólo por la rigurosidad de los criterios empleados en el análisis de fenómenos culturales entendidos en un sentido amplio, sino por la propiedad con que trata casos concretos, todos de indisputable importancia. Así —y destaco tan sólo los que me parecen tratados con mayor originalidad, aquellos para los cuales el ensayo aporta nuevas luces—: *Ercilla* (su estudio tiene validez monográfica y ocupa diversos acápites de distintos capítulos); *Cortés* («para la crónica de Hispanoamérica —germen y caldo de cultivo de su futura literatura— Cortés significa lo que Garcilaso para el definitivo asentamiento de la lírica española», p. 39); *Suárez de Peralta*, sobre quien obliga, razonadamente, a poner mayor atención de la que frecuentemente se le otorga; la *literatura sacra* del siglo XVII, cuya profusión el crítico explica muy apropiadamente; el desdén de la *primitiva novela hispanoamericana* por las «variantes heroicas o críticas de la novela española para asumir las formas del relato pastoral» (Balbuena, Francisco Bramón, Palafox); *El carnero*, otra «monografía» notable (pp. 82-90); la *Historia natural y moral de las Indias* del padre Acosta, con sus coordenadas de diferencia y reiteración con respecto a formas vigentes, que el estudio se encarga de establecer

cuidadosamente, y *Los infortunios*, esa excepcional obra del barroco tardío que Promis demuestra que «representa un momento clave en el desarrollo de la narrativa hispanoamericana».

Lástima grande es que las páginas asignadas a una simple reseña nunca sean suficientes como para apreciar con justicia el texto comentado. Nada he dicho del análisis inteligente que el autor de este libro hace de una imagen que recorre todo lo largo del desarrollo de la literatura colonial hispanoamericana: la construcción del espacio —«casa buena», «hogar abandonado», «espacio cósmico», etc.— que en ella se da desde sus inicios hasta la entrada al nuevo sistema de preferencias que inaugura el período «post-colonial». Confío en que lo dicho, sin embargo, logre su objetivo: informar de la existencia de una obra grandemente valiosa para entender los instantes originales —largo período— de nuestras literaturas.

MARCELO CODDOU

Drew University.

LUIS RAFAEL SÁNCHEZ: *La importancia de llamarse Daniel Santos*. Hanover, N. H.: Ediciones del Norte, 1988.

Las fabulaciones, como el autor las ha llamado, del más reciente texto de Luis Rafael Sánchez, *La importancia de llamarse Daniel Santos*, marcan una dislocación con diversas formas tradicionales de representación. Llámese crónica periodística, novela, ensayo, diálogo dramático, testimonio, diario de viajes, *La importancia de llamarse Daniel Santos* incorpora todas estas formas de representación al desarrollar su estructura discursiva y la parodia a través del uso que hace de éstas el cronista que investiga la vida de Daniel Santos, quien sirve de enlace entre las diferentes fabulaciones y nos lleva a través de un viaje por las ciudades de La Habana, Santo Domingo, San Juan, Caracas, Cali, Ciudad México, Managua y Quito, en su búsqueda de fuentes para documentar la biografía del Inquieto Anacobero.

El cronista de las fabulaciones fragmentadas de *La importancia de llamarse Daniel Santos* rescata las voces de una memoria social colectiva, de lo ausente o reprimido en los discursos oficiales de la cultura y la política. Utiliza las técnicas periodísticas en la primera parte del texto, para grabar o recopiar los testimonios de los informantes. El lector escucha el habla de cada uno de ellos. La construcción formal y discursiva de las fabulaciones logra una ruptura de los registros oficiales de la escritura. El lector se sumerge en voces —registros orales— y escucha, no lee.

En la segunda parte el cronista nos describe los temas de las canciones de Daniel Santos, define los géneros musicales vocalizados por éste, nos presenta al público de Daniel Santos. De nuevo, lo que encontramos es un pretexto. Esta segunda parte fragmenta y descompone una estética oficial moralizadora, y la reemplaza por una estética urbana, soez, de la cotidianidad. Es la estética de los que sufren la opresión militar, el hambre, el terror y la violencia de las ciudades.

El cronista, en la tercera parte, convive con los que escuchan a Daniel Santos: un veterano de Vietnam; Marisela, una venezolana que llora su amor perdido en una discoteca de Caracas; un mesero caleño; una pareja que hace el amor en El Verde. La convivencia con estos personajes lleva al cronista a una exaltación de nuestro *kitch* barroco, caribeño, latinoamericano. Este *kitch* de nuestra postmodernidad latinoamericana, que hace que los puristas de la oficialidad lancen gritos de